

LA PLAZA DE TOROS DE BOCAIRENTE

Por MIGUEL CANTÓ

Usted, amable lector, acaso no conocía la existencia de una plaza de toros en Bocairente; y hasta puede que se sonría cuando lea la afirmación de que es una —por no decir única— de las mejores de España en cuanto a robustez y en tocante a originalidad. La configuración montañosa de las calles hace que el autobús le pueda llevar desde la puerta del arrastre hasta los mismos palcos o la presidencia. Sin subir ni bajar escaleras, a pie, puede entrar en los corrales, en la enfermería, ocupar su localidad de sol o sombra, o saludar al mismo presidente en su palco. ¡No! No crea que es una plaza rodeada de carros, ni empalizadas. No tiene peligro alguno de incendio, desmoronamiento ni hundimiento, palabra. Sólo, de cuando en cuando, alguna acicaladita, cual solterona entrada en años y resiste el paso del tiempo tan terne y tan fresca como si hubiera sido ayer la fecha de su inauguración, que fue... en 1843.

Un poco de historia

La «culpa» fue de D. Manuel López Rovira, en-guerino nacido en 1818 y afincado en Bocairente, donde tuvo una fábrica de paños. Allá por el 1830 y pico la industria sufrió una crisis muy aguda y para remediar el paro existente, en una reunión, del gremio local, lanzó su «Eureka» que consistía en la construcción de una plaza de toros.

La idea debió ser acogida con entusiasmo puesto que la primera noticia de la plaza es un interesante «Libro Cobratorio de las acciones tomadas para la construcción de una plaza de toros en Bocairente, año 1843» en el que ya figuran 77 accionistas entre los que se encontraba el Barón de la Zafra y hasta la Compañía de Música suscribió una acción de 50 reales de vellón. Los obreros cambiaron las lanzaderas por los picos. Se tomaron las medidas, se empezó el desmonte del montículo denominado «La Serreta» y día a día fueron naciendo los gradones, como ruina romana a la que descarnasen los escombros para sacar a luz algún anfiteatro. Y así fue como en el transcurso de muy poco tiempo coronaron esta obra asombrosa. Todo fue a pico, hasta los mismos burladeros fueron socavados dentro de la roca, al pie de las localidades de barrera.

Trámites legales

Los accionistas delegaron en los vecinos José Pascual y Doménech y José Molina y Calabuig, quien en 12 de mayo de 1843 elevan una instancia al Bayle General del Reino, solicitando la «concesión de un terreno puramente peñascoso, situado al aire del oeste partida del Llano de Santa Agueda, para destinarse a edificio de expectación pública y otros objetos de recreo, deseando utilizarle en la dimensión de 1.000 palmos de este a oeste y 500 de norte a sur.»

Si los trabajos de desmonte se hicieron a ritmo febril no sucedió igual en los trámites de concesión, puesto que en 21 de febrero de 1846 el Bayle de la Villa, D. Martín Belda y Calabuig cita a los solicitantes y a los peritos nombrados al efecto, Tomás Silvestre Tudela y Francisco Domínguez y Pascual, quienes en presencia de los limitrofes Francisco Herrero Moltó y Francisco Antonio Llobregat reconocen el terreno y dicen que «la extensión de levante a poniente es de sólo 500 palmos en vez de los mil que se piden en el memorial y de mediodía a norte se reducen a 320 los 500 solicitados» descontándose 17 palmos para la prolongación de la calle de Ereta de Peña y 17 para la de Santa Agueda y «juzgan que en venta podría producir 45 reales, pero en renta ninguna...»

Por fin, después de muchas diligencias —demonstración elocuente que en todo tiempo «cocían habas» las cuestiones burocráticas— el 4 de mayo de 1847 en Decreto de la Baylía General del Reino, transcribe la Real Orden de 27 de abril de 1847, número 46, por la cual «Su Majestad la Reina Nuestra Señora aprobaba un establecimiento de ocho y media hanegadas», imponiendo la condición de que «han de pagar anual y perpetuamente al Real Patrimonio y por éste al Sr. Administrador de esta Baylía un real de vellón todos los años día de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo y reconociendo, siempre y cuando sean requeridos, como desde luego reconocen, el dominio mayor y directo reservado a Su Majestad.»

Cesión al Santo Hospital

Hasta 1889, a trancas y barrancas, la administración de la plaza la lleva una junta de los 77 accionistas iniciales, pero el 17 de noviembre de dicho año se reunieron en la Alcaldía de la Villa, bajo la presidencia de D. Francisco Miró Vañó, los

señores que componen la junta, que eran: D. Manuel López Rovira, D. Juan Bta. Ibáñez, José Vañó Martínez, Joaquín María Calabuig, José M.^a Belda Belda y Leandro Domínguez, los que, según el acta, venían desempeñando dichos cargos pasaba ya de veinte años y rinden cuentas desde el año 1881 con un balance de 606'88 ptas. de ingresos y gastos y públicamente dicen «que invierten los rendimientos en reparaciones del local, excepto un pequeño dividendo hecho a los accionistas en los años 1869 ó 1870» y viendo que no era fácil formar nueva junta se propone «quedase a favor de la Junta del Santo Hospital los productos que de hoy en adelante pueda prestar dicha plaza y que se entendiera dicha Junta de administrarla por cuenta del Santo Hospital y sus productos invertidos en alimentos de los pobres enfermos...»

Inauguración

El cartel anunciador de la inauguración, que poseen los hijos del que fue gran aficionado, don Francisco Bernat, es interesantísimo. Era fiesta de toros y el elemento toro era el principal. Los lidiadores y demás quedaban en segundo término. Se realizó la corrida los días 20, 21 y 22 de julio de 1843 y se lidiaron 18 toros, seis en cada tarde, de los que se mataron, alternativamente, la mitad, o sea tres de ellos. A continuación daban a conocer «sus nombres, edad y procedencia»... Para el aficionado bástele saber que los toros de lidia eran de cuatro y cinco años y los de muerte ninguno rebasaba el mínimo de cinco. Casi la totalidad de seis. Pertenecían a la ganadería de D. Gil de Flores de Viaños, con divisa anaranjada.

Los lidiadores que dieron fin a este «regalito» fueron: el espada José Vázquez y Parra «Parreta», torero valenciano que gozaba de excelente cartel por su enorme valentía. Picadores, Antonio Rodríguez, de Madrid y Miguel Alberó, de Sevilla y los banderilleros fueron Pedro Párraga, Pablo Ramos y Julián Plutón, todos de Madrid y Gregorio José Loja, de Granada.

Finalizada la descripción de toros y toreros advertía que... «la empresa no ha omitido medio para complacer al público, a pesar de la perentoriedad del tiempo. La construcción de la plaza es de una sola peña natural, con sus nueve gradas espaciosas (hoy tiene 19 de sombra y 14 de sol) rellano circuido de balconaje de hierro, puertas, barreras de madera bien trabajada; de modo que en España, ni acaso en Europa, se presentará otra que la iguale...»

Lo que no hemos podido averiguar es el resultado artístico de las corridas. No dudamos que sería excelente.

Su aforo no es grande, unas 4.000 localidades, de las que corresponden unas 2.500 a sombra y el resto a sol. En la tauromaquia del Guerra ya la cita como plaza original, alabando la construcción y señalando que «tiene ocho chiqueros, un corral para ganado, un corredor que se utiliza para cuadra de caballos y enfermería con dos camas...»

Hasta la construcción de las plazas de Alcoy y Villena, vivió épocas de esplendor y las corridas de Bcairente alcanzaron renombre en la región valenciana. Por su ruedo desfilaron los mejores toreros valencianos y aún las grandes figuras como Nacional, Gaona y en épocas más recientes Vicente Barrera, Enrique Torres y Chicuelo II, quienes dieron sus primeras corridas con picadores.

Gracias a Dios la enfermería ha sido escasamente visitada y solamente un puntazo que recibió «Punteret», otro «Blanquet» y la asistencia que le prestó a Carlos Moreno, derribado por un toro junto con las tabias de Callejón, fueron los servicios más graves que se dieron en ella.

Y así sigue, con un siglo ya a sus espaldas, viendo desfilar por su ruedo nombres y caras nuevas; mientras la dura peña de los gradones sigue contando las ilusiones y esperanzas de los noveles que acuden a ella —trampolín para la de Valencia— puesta la fe en el deseo de triunfar, como aquellos que dieran tres tardes consecutivas en aquel julio caluroso de 1843.

VISTAS DE LA PLAZA DE TOROS

